

Así unirás de los dos
El cariño puro y santo,
Tú, que te aproximas tanto
Al trono donde está Dios.

Y así, si mi pecho alcanza
Una esperanza, creeré
Que Dios con tu luz da fe
A la luz de mi esperanza.

¿Qué otro consuelo quedar
Puede ya á mi padecer?
¡Es tan hermoso creer!
¡Es tan hermoso esperar!

Dejad que, en mi desventura,
Escriba, esperando en tanto,
Con letras de ardiente llanto
La historia de mi amargura;

Dejadme, sí; que el dolor
Mis lágrimas borrarán;
Dejadme sentir mi afán,
Dejadme llorar mi amor.

LA ÚLTIMA ESTRELLA.

Á ÁNGELA.

Iba la noche á declinar; volaba,
Meciéndose entre sombras, hácia ocaso,
Y con su masa infórme,
Montones de tinieblas arrastraba,
Al extender su paso.
Asida al brazo enorme
Del oscuro fantasma de Occidente,
Marchaba á sepultarse en lo profundo;
Y el soñoliento mundo,
Con pasmo mudo y frío,
Del ancha faz de la breñosa frente
Miraba alzarse su fanal sombrío.
Derramando serena,
En vez de rayos, trémulos suspiros,
La triste luna su fulgor borraba,

Y cual blanca azucena,
 Que, arrancada del tallo, entre sus giros
 El huracan agita,
 Entre nubes rodaba
 Por el espacio, pálida y marchita;
 Y el azul esculpido
 Se mostraba de chispas fulgurantes,
 Vivísimas y bellas,
 Cual si hubiera la luna sacudido
 Su corona de plata y de diamantes,
 Sembrando el cielo por do quier de estrellas.
 Iba la noche á declinar, y ufana
 Se aprestaba á seguirla la mañana,
 Pintando con suavísimos fulgores
 El tachonado velo
 De cándidos colores,
 Tibio rubor con que bañaba el cielo
 Su faz encantadora,
 Al sentir dulcemente
 Palpitar en los labios del Oriente
 El rojo beso de la blanca aurora.

Yo estaba solo en medio del recinto
 De un mundo helado, muerto,

Y mi loca y ardiente fantasía,
 Comprimida en confuso laberinto,
 Reposaba tambien : me parecia
 Que el orbe era un desierto,
 Y yo la humanidad ; sólo vivia
 En torno de mi frente
 El rumor imponente
 De las sombras, que, vagas, arrastrando
 Por las tendidas faldas
 Sus flotantes guirnaldas,
 Me estaban en sus pliegues encerrando ;
 Y una pesada calma
 Ataba en nudo estrecho,
 Con cadenas de asombros, á mi alma
 En el oscuro fondo de mi pecho.
 Vibró al cabo un momento
 El denso pensamiento
 Que daba al triste corazon martirio,
 Buscando con frenético delirio
 Luz y vida, y placer y sentimiento.
 Creyó mi afan que el cielo era la losa
 Extensa y tenebrosa
 Que rápida bajaba,
 Desplomándose, al fin, desde la altura,

Y con su vasta inmensidad tapaba
 De los mundos la horrenda sepultura :
 Y me sentí morir, y el mudo espanto
 Que encerraba á mi sér rasgó su muro
 Por dar salida al oprimido llanto ;
 Mas no pude llorar : al labio gritos
 Pidió mi devaneo ;
 Y el labio, seco y duro,
 Negóse á derramar los infinitos
 Insaciables torrentes del deseo.
 Ansié despues en vano
 Viento que el mar de mi dolor barriera,
 Aire que el pecho respirara ufano,
 Y sobre todo, luz mirar do quiera,
 Brillar espacios y encenderse luego,
 Y ver girar en torno de mi cráneo
 Un infierno de fuego,
 Que al campo hirviente de sus rayos rojos,
 Apagara instantáneo
 La sed voraz de mis ardientes ojos.
 En tan horrible extremo
 Rompí del estupor los eslabones
 Con un esfuerzo mágico, supremo,
 Alzando al cielo los dolientes brazos,

Mordiéndola un ¡ay! que vaciló en mi boca,
 Retorciendo del alma los pedazos,
 Haciéndola gemir en sus prisiones,
 Y en fin, volar desesperada, loca,
 En busca de otra luz y otras regiones.
 Y se lanzó : con ímpetu violento
 Las cumbres escaló del firmamento ;
 Mas al buscar las huellas
 Que en él dejó grabadas la aureola
 De la fúlgida luz de las estrellas,
 Vió una sola no más, ¡ay! una sola,
 Que, cual postrer quejido de agonía,
 Con lívido desmayo,
 Tristísima vertía
 Su dulce y tenue y macilento rayo.
 Yo bebí su fulgor, y la mirada
 En su brillo fugaz dejé posada,
 Con infinito anhelo,
 Con eterna constancia
 Libando ansioso y devorando esclavo
 La ilusion de su lánguido consuelo.
 Y el tiempo trascurrió ; borróse al cabo
 El débil resplandor, y en la distancia
 La estrella se perdió : ¡tormento extraño!

Despues de contemplar desvanecida
 Su blanca luz, con lisonjero engaño,
 Soñaban verla aún, clara y serena,
 Los ciegos ojos de mi amarga pena.
 Mas ¡ay! la mente la miró perdida,
 Y yo corrí, desfallecido, inerte,
 A dejar en los brazos de la muerte
 El último suspiro de mi vida.
 De repente ¡oh placer! latió mi seno,
 Y sentí con dulzura
 Nadar al alma mia
 En un mar de color y de armonía:
 Era que, puro y de belleza lleno,
 Radiante de hermosura,
 Rompiendo sombras, se elevaba el dia.

Ángela, escucha : cuando el labio gima
 Con ayes de dolor, cuando la angustia
 Tu corazon oprima,
 Y una lágrima sienta
 Tu mejilla rodar, pálida y mustia;
 Cuando acercarse mires en tu daño
 La figura sangrienta
 Del espectro fatal del desengaño;

Cuando tu pecho tuerzas
 Entre los hierros del espanto ciego,
 Y no puedas llorar tu amarga suerte,
 Ni dar al alma sentimiento y fuerzas,
 Ni alzar al cielo el suplicante ruego;
 Cuando sientas el beso de la muerte
 Tu boca acariciar, y en lontananza,
 Tu vista dolorida
 Contemple ya perdida
 La postrera ilusion de la esperanza,
 No doblegues la flor de tu existencia
 Al huracan sañudo
 Que agosta el corazon del desdichado,
 Pues te guarda quizá la Providencia
 Consolador escudo,
 Donde hallarás bordado
 Con risueños y mágicos colores,
 En campo de placer, un sol de amores.

CANTO DEL ÁGUILA.

Como lágrima triste,
Que el mundo llora,
Por el rostro del cielo
Rueda la aurora;
Y yo, entre tanto,
Hago que por los aires
Ruede mi canto.

La tierra de colores
Se viste ufana
A los rubios fulgores
De la mañana.
Mundo, despierta;
Que la estrella del alba
Llama á tu puerta.

Tambien su albor luciente
 Llega á mi lecho,
 Dando luz á mi frente,
 Vida á mi pecho;
 Tambien yo, ufana,
 Me visto los colores
 De la mañana.

Baña el sol de los montes
 La altiva cumbre,
 Derramando en los valles
 Mares de lumbre;
 Álzase luego,
 Y ciudades y torres
 Borda de fuego.

Tambien el sol saliente
 Baña el encaje
 Que borda los dibujos
 De mi plumaje:
 Sus rayos rojos
 A lanzar por la esfera
 Vuelven mis ojos.

Cuando el sol por Oriente
 Su luz levanta,
 Tiende el mundo los mares
 Ante su planta;
 Pero mi pluma
 Bañan del sol los rayos,
 Del mar la espuma.

Lanza el sol á las aguas
 Sus hebras blondas,
 Y el mar para cogerlas
 Lanza sus ondas;
 Y yo, entre tanto,
 Sobre el sol y las aguas
 Lanzo mi canto.

Es mi lecho de amores
 La parda roca
 Que, en la cima del monte,
 Al cielo toca:
 En sus cimientos,
 Rotos contra las peñas,
 Crujen los vientos.

Miéntras que allí domino
 Los horizontes,
 La una garra en las nubes,
 La otra en los montes,
 Y, en mi deseo,
 Sobre montes y nubes
 Me señoreo;

Miéntras sobre la lumbre
 De los volcanes
 Miro rizar mis alas
 Los huracanes,
 Y hasta en el seno
 De mi cóncavo nido
 Gemir el trueno;

El hombre en sus palacios,
 Pobres, pequeños,
 Soñando en su grandeza,
 Duerme sus sueños.
 Mentira al cabo :
 ¡Sólo es grande el que es libre,
 Y él es esclavo!

Yo cruzo los espacios
 Con vuelo altivo,
 Yo tan sólo soy libre,
 Yo sola vivo.
 Sí, no te asombre,
 Mundo : yo soy más libre
 Que lo es el hombre.

Su libertad el hombre
 Siempre pregona,
 Y al oro la encadena
 De una corona;
 Mi rudo anhelo
 No sufre más corona
 Que el alto cielo.

Y el hombre muere ahogado,
 Bajo del peso
 De doradas cadenas
 De leyes preso.
 Si su memoria
 A través de la muerte
 Busca la gloria,

Se erige un monumento
 Con ciego encono,
 Un trono amontonando
 Sobre otro trono.
 ¡Gran desvarío!
 ¿Llegarás con tus tronos
 Al trono mio?

Mis leyes son los aires;
 Y los desgarro,
 Haciendo entre sus ondas
 Rodar mi carro.
 Mundo, tus reyes,
 Cual la araña sus telas,
 Tejen sus leyes.

Cuando el sol á la tarde
 Pálido llama,
 Y su llanto de luces
 Triste derrama;
 Cuando las brumas
 Abandonan su blando
 Lecho de espumas;

Cuando del verde campo
 Forma el ramaje
 Oscuros pabellones
 Con su follaje,
 Y en todas partes
 Cuelga la negra sombra
 Sus estandartes;

Cuando cierran las flores
 Su casto broche,
 Y bordada de nieblas,
 Se alza la noche;
 Yo me levanto,
 Y entre el mudo silencio
 Suena mi canto.

Y mientras en los aires
 Voy á arrojarme,
 Y en la faz de la luna
 Voy á mirarme,
 Rasgan mis huellas
 Alfombras de esmeraldas,
 Techos de estrellas.

Yo cruzo los espacios
 Con vuelo altivo,
 Yo tan sólo soy libre,
 Yo sola vivo.
 Sí, no te asombre,
 Mundo : yo soy más libre
 Que lo es el hombre.

Despierta de tu estéril
 Sueño profundo,
 Y á traves de tu gloria
 Mírame, mundo.
 Mírame : al cabo
 ¡Sólo es grande el que es libre!
 Tú eres esclavo.

EL TRÁNSITO.

De polvo y sangre y de sudor cubierto,
 Llegó de los confines del desierto
 El rudo cazador;
 Y al penetrar hambriento en la morada,
 Así dijo, con voz entrecortada,
 A su hermano menor :
 «En el materno vientre palpitante
 Comenzamos la lucha, que constante
 Nuestro destino fué;
 Mas hoy la paz á proponerte llevo :
 Parte conmigo tu alimento, y luego
 Por tí trabajaré.»

Y contestó Jacob : «¿Piensas, hermano,
Que asida á tu talon salió mi mano

Por pasajero azar?

No; que el Eterno me mandó á la tierra
Para dar al *Ayer* continua guerra,

Y siempre caminar.

Mi sol sobre tus soles se levanta;
Pasó tu edad, la huella de tu planta

Ha de borrar mi pié :

Cédeme, pues, en inviolable pacto
Tu primogenitura, y en el acto

Mi plato te daré.

—No entiendo tu lenguaje, ni es mi oficio

Leer el porvenir..., mas tu servicio

Mi hambre saciará.

Justo será que mi derecho lleves.

Lo cedo : tuyo es. — Jurarlo debes.

— Lo juro.— Bien está.»

Y el padre ciego, que en el lecho estaba,
Así dijo á Jacob, que se acercaba :

«Dime : ¿quién eres tú?

—¿No me conocen ya tus ojos yertos?

Toca mis brazos, de vellon cubiertos;

Padre, soy Esaú.»

Rebeca, que dispuso la falsía,

La cabeza del hijo sostenia,

Temblando de emocion;

Y engañado Isaac, dejó sin pena

Sobre la frente de Jacob serena

Su santa bendicion.

Así en pastor el cazador mudado,

Abandonando luego su ganado,

Tornóse agricultor;

Y añadieron los hombres más blasones

Al libro que será de sus acciones

Éterno guardador.

Así la mano que sus hojas pasa

Plegó la tienda y levantó la casa,

Matriz de la ciudad;

Despues... entre los tiempos avanzando,

Del mundo por los ámbitos rodando

Siguió la humanidad.